

AVES Y PAJAROS EN LA SUPERSTICION Y LA MEDICINA POPULAR DE SANTA FE

Los pájaros anunciaron a Colón la proximidad de las nuevas tierras de América.

En los días de calma, mientras los tripulantes adormilados en el bochorno del trópico buscaban reparo del sol a la sombra de los trapos tendidos en las jarcias, el Almirante con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplaba desde el castillo de proa las aguas del mar, tranquilas y serenas.

Tenía el gesto sombrío, la cara afilada y larga, el color rojizo, los pelos crecidos y blancos, la ceja derecha levantada en arco, los ojos azules y acerados, la nariz aguileña, los pómulos marcados y salientes, las mejillas enjutas y escurridas hacia el mentón en punta. Venía con el humor agrio y desabrido de los desvelos y las revueltas y las asperezas de a bordo y por las incertidumbres y angustias de la ruta que iba trazando a tientas.

Pero aquel espectáculo del mar en calma, de las aguas amansadas y dormidas del trópico, le serenaba también el espíritu y pensaba en el río tranquilo de Sevilla; y en las mañanas sosegadas y claras, después de nublados y lloviznas, recordaba con saudades el canto de los pájaros: “Era placer, escribe a los Reyes, el gusto de las mañanas que no faltaba si no oír ruiseñores”.

Pero un día los pájaros aparecieron en verdad. Primero fue uno “que no suele dormir en el mar”, escribe el mismo Colón; y luego, cuando ya el aire mañanero trae el vaho perfumado de la tierra virgen y de los bosques bravíos; —“que

es placer estar en ellos, tan olorosos son”, dice el Almirante— con esos vientos de la costa llegan “muchos pajaritos del campo”. Era el simbólico mensaje alado de las tierras abiertas, ocultas todavía detrás del horizonte, azulado y brumoso, que escudriñaban anhelantes los ojos en delirio del que había salido en busca del Catay y de Cipango .

Y cuando los hombres de las carabelas bajan a tierra y recorren las islas bajo el cielo azul y transparente, en la fronda de los árboles, —de esos árboles de los que escribe Colón que “todos huelen que es maravilla”— entre las hierbas y maciegas del campo, escuchan extasiados el canto de los pájaros: “el cantar de los pajaritos que parece que nunca el hombre querría partir de aquí”, dice el Almirante en sus epístolas. Por eso cuando emprende el regreso y desfila por fin en Barcelona, en un “triumfo romano”, con sus indios pintados y emplumados y adornados de pendientes y collares, coronas y brazaletes del oro y plata de las indias, entre los pajes que exhiben las muestras de las plantas a las que se atribuían misteriosas virtudes, las frutas deliciosas de la tierra, y las especies más raras de la fauna, atraen las miradas del pueblo aglomerado en las plazas y en las calles; de los señores y de las damas asomados a los balcones, y de la servidumbre y gente moza apeñuscada en los techos de las casas y en las torres de las iglesias, pasan los loros y papagayos y los pájaros de plumajes pintados y brillantes como no se había visto nunca.

Frente a aquel espectáculo magnífico la imaginación de los hombres revivía los “Relatos” con que los antiguos viajeros del Oriente deslumbraron la Edad Media y aún los graves tratados de los doctos y las “topografías” medievales que recogieron las más peregrinas teorías sobre el origen de la fauna y la flora y los habitantes de las regiones más apartadas del orbe.

San Isidoro de Sevilla, hablaba en sus “Etimologías” de las remotas islas perdidas en mares helados —“está la mar cuaxada toda”, dice— y de países donde moraban ciertas mujeres cuyos cabellos antes rubios y hermosos se ha-

bían trocado en espantables culebras —; y Guillermo de Mandeville, Marco Polo, Fray Juan de Hayton, Oderico de Pordenone, Fray Bieul, en el “Libro de las maravillas del mundo”, Guillermo de Robrouck, Cosmas Indiocopleutes, y Juan de Plan de Carpin, en sus “Relatos”, habían recogido las más pintorescas y alucinantes descripciones de animales y plantas que corrían en aquellos siglos que caen más allá del Renacimiento.

Hablaban de yeguas “que se casan con el espíritu del aire”; de peces domesticados que llegan a la orilla del mar al reclamo de sus dueños que les montan y cabalgan sobre las olas; de praderas donde los árboles y los pastos son de oro y de pájaros de un origen y condiciones tan maravillosas como el Ave Fénix, grande como un águila, con un penacho de plumas enhiestas, una gola resplandeciente como el oro, y el plumaje de su cuerpo y de la cola, pintado con los más vivos colores, desde el rojo encendido hasta el azul; que vivía quinientos cuarenta años y que al sentirse morir, ella misma aparejaba con leña de cinamomo, la hoguera en que se quemaba para renacer, en el ara de los altares de la ciudad del Sol en las legendarias tierras de Arabia.

Los hombres, como los niños, vivían aún en un mundo de maravillas. En el aislamiento y desamparo de los pueblos y caseríos, sólo oían de tarde en tarde, la versión trastocada a través de quien sabe cuantas lenguas, del relato de algún aventurero que osaba desafiar los peligros de las andanzas por tierras apartadas. Y todo aquéilo que existía más allá del campionario de la aldea y de los alcoces y de las dehesas vecinas; todos aquellos hombres y aquellos animales y aquellas plantas que no se habían encontrado en el trajinar diario y de los que llegaban tan extraordinarias noticias, se ponderaban y encarecían en sus virtudes y se les atribuía orígenes maravillosos.

Por eso, los hombres que van recorriendo las dilatadas regiones del nuevo mundo, descubren y miran la naturaleza que les rodea con la ingenua exaltación de los niños .

“Hermosa cosa es el mundo é la más excelente pintura

que se puede ver ni arbitrar ni pensar”, exclama Oviedo, el Primer Cronista de Indias, que con más de setenta años, entre guerras, hambrunas y naufragios, no se cansa de admirar y ponderar las cosas de América.

En una de sus cartas decía Colón, que oyendo el canto y gorjeo de los pájaros del nuevo mundo, y contemplando la brillantez y hermosura de su plumaje, se sentían deseos de quedarse en estas tierras para siempre.

Un día el Primer Cronista de Indias, que ordenaba en su casa de la isla de Santo Domingo, el mamotreto de su historia, recibió la visita de don Pedro de Alvarado, Adelantado de Guatemala, que llegaba en compañía de algunos capitanes suyos.

El señor Adelantado, era hombre entendido en el arte de la mar y docto en la ciencia de tomar las alturas por el declinar del sol y de las estrellas; y era, también, por añadidura, de reposada y sesuda conversación: “hablaba bien, dice Oviedo, como hombre sabio”.

Alvarado, puso ante los ojos de Oviedo, un pájaro extraño que había traído desde sus lejanos dominios guatemaltecos. No conocía su nombre; y aunque estaba muerto y disecado a usanza de los indios, era tal la extremada hermosura y lindeza de aquella pintada plumería que, dice el cronista, de todo lo que había visto en sus andanzas, era lo que más sin esperanzas le había dejado de saberla dar a entender con sus palabras.

Aquel pájaro maravilloso, anidaba en tierras de ensueño, con ciudades de blancas torres donde se levantaban las pirámides de los templos al borde de lagos tranquilos, de aguas cristalinas y tersas; con perfumados y umbríos bosques de encinas, sicomoros y cedros; con llanuras dilatadas y floridas; y con fértiles campiñas doradas por las mazorecas del maíz en sazón.

Los señores de esas tierras, llevaban donosamente derribadas a la espalda, amplias y vistosas capas tejidas de algodón y plumas de colores y se decoraban con collares y braza-

letes de turquesas y finas cadenas sobre el pecho y pendientes de oro en las orejas; y los reyes y caciques que paseaban en andas de sus servidores, bajo la sombra de quitasoles y abanicos de plumas, orondamente arrellanados en sillas suntuosamente doradas, ostentaban como signo de poderío y de gobierno, un donoso penacho de plumas del pájaro aquel que el Adelantado de Guatemala había puesto ante los ojos del Primer Cronista de Indias y que llamaban *Quetzal*, los indios en su lengua.

Desde apartadas regiones llegaban en demanda de esos pájaros maravillosos, emisarios de caciques y curacas, y les llevaban luego, “muertos y adobados, dice Oviedo, e conservados con su pluma, para lucirlos como atributo y símbolo de grandeza”.

El mismo Oviedo, hizo con el que le había llevado don Pedro de Alvarado, un espléndido regalo a un amigo que viajaba al Perú. “Así que, escribe, se puede decir que después de muerto, anduvo y voló más que mientras fué vivo”.

Colón había anunciado las maravillas del Nuevo Mundo; Pedro Martir después en sus famosas “Décadas”, y luego Oviedo, quien no sólo relata las hazañas y desventuras de los primeros conquistadores y las vilezas y amaños de los primeros pobladores, sino que también describe, minuciosa y amorosamente, el temple de la tierra, la hermosura de sus ríos y la magnífica visión de sus animales y de sus plantas, envuelta, todavía, en la dorada atmósfera de misterio y de leyenda. Y así van apareciendo ante los azorados ojos de Europa, el zorrino, que él llama “corrillas hidiondas”; la mulita y el peludo, que él dice “los encubertados”; la serpiente, a la cual atribuía extrañas virtudes hipnóticas y de atracción en la mirada y que agita en la cola unos crótalos terribles; cierto gato, “la mas nueva cosa o nunca su semejante vista hasta nuestros tiempos, dice, el qual gato en parte era páxaro, o ave, e cantaba como un ruiseñor o calandria muy excelentemente, e con muchas diferencias en su melodía e cantar...”

Todas esas descripciones extrañas tenían su antecedente

en libros de los antiguos; y así citaban a Plinio, o a Ovidio o a Virgilio, o a San Isidoro o San Agustín.

Ya aquellos famosos compañeros de Caboto, Alonso de Santa Cruz y Luis Ramírez, se refieren a las aves que encuentran en el penoso trajinar por las islas del Paraná; y más tarde, Lozano, Guevara, Sánchez Labrador, Paucke, Dobrizhoffer. Que los intrépidos jesuitas que cristianizaban las indómitas tribus del Río de la Plata y Paraguay, se tomaron tiempo y espacio para describirnos minuciosamente el aspecto y las costumbres de la población alada de estas tierras, y para criar y domesticar en las reducciones algunas especies, sobre todo de loros, como aquel “Pedro” de Dobrizhoffer, cuyas singulares travesuras no olvida Sánchez Labrador y de quien el mismo Dobrizhoffer dice veinte años después, desterrado de América, que todavía lo recuerda con placer.

Los indios guaycurú se abstendían de comer pájaros porque se creían sus descendientes; sin embargo, gustaban adornarse con sus plumas.

“No son tan aficionados los guaycurú a cazar aves, escribe Sánchez Labrador, como lo son a cazar bestias cuadrúpedas. Creo que es la razón que muy pocos pájaros son de su aprecio para la mesa. A excepción de las perdices a las cuales llaman *Etidichiodi*, y de alguna otra moradora del aire, ninguna otra les paladea el gusto por más sobrosa que sea su carne. Lo que puede fundarse en la vana creencia de que son descendientes de las aves. Solamente les arrebatan las intenciones las vistosas plumas por el uso que hacen de estas vistiendo con ellas de vanidad su desnudez, y volando sus débiles cabezas con penachos y plumas ajenas”.

Con razón, dice el mismo autor que “no hacen caudal casi de la carne de las más, con tal que logren las plumas”.

Les cortaban enteras las alas y estiradas en una armazón de palos, las secaban al sol, para adornarse la cabeza atándolas a cada lado de las sienas, “en además, dice gráficamente Sánchez Labrador, de quien quiere volar con la cabeza o remedar un caduceo de Mercurio”.

No reparaban en que fueran grandes o chicas, blancas o negras o de colores brillantes, pero jamás salían de viaje o a la guerra o asistían a una fiesta, sin engalanarse de plumas.

Refiriéndose a la costumbre de emplumarse la cabeza para las fiestas y los viajes, dice el mismo autor: "En aquellas, en las fiestas, por parte de la solemnidad y en esto, en los viajes, de conveniencias, porque les defiende en algo de los rayos y les refresca con el abanico las cabezas".

Con plumas finas y de hermosos colores, los indios, escribe el P. Acosta, "hacían bizarros plumajes y penachos especialmente cuando iban a la guerra".

Algunas tribus del Chaco, se daban trazas, con fragmentos de conchas aderezados en forma de tijeras, para recortar las puntas de las plumas y darles diversas formas, triangulares, redondas o cuadradas, dice Sánchez Labrador, "según el genio, el gusto y aún la moda".

Con las plumas más delicadas por su color y su finura, tejían penachos que sujetaban en la coronilla de la cabeza, donde caían, abatidas a la espalda, atadas por un cordón, tres o cuatro plumas blancas de avestruz. Las plumas más pequeñas y aún la piel disecada hábilmente de un pájaro, les servía de adorno de las orejas como zarcillos o pendientes. Pero estas galas que eran sólo masculinas, nunca se lucían con tanto esplendor y exhuberancia como cuando los hombres estaban alegres con una buena provisión de alimentos. Las mujeres: sólo usaban, a veces, este adorno, como un escapulario, en dos pequeños manojos de plumas sobre el pecho y la espalda.

Las alas del gallinazo o cuervo, escribe el P. Acosta, eran utilizadas por los indios como fuelles o abanicos para avivar el fuego, para abanicarse y para espantarse las moscas.

Pero también, las aves y los pájaros servían como hasta ahora para los agüeros, los anuncios de cambios atmosféricos y aún para ciertos remedios que se conservan en nuestra medicina popular.

Cuando en los días serenos, de cielo trasparente y sin nubes, se levanta el CHAJÁ, gritando y volando a gran altura

en círculos concéntricos, es señal de lluvia próxima. “No pasarán tres días sin llover”, dicen los criollos.

Para los indios el grito del CHAJÁ anunciaba la presencia del tigre.

El P. Guevara le coloca entre los animales que servían a las tribus indígenas para sus agüeros y especialmente señala sus funciones de vigilante o centinela y la relación que descubrían los indios entre su grito y un peligro próximo, no sólo por la presencia del tigre sino también de gente enemiga en acecho.

“El YAHÁ, dice Guevara, es también presagioso y justamente le podemos llamar el velador y centinela... En su canto, continúa el cronista jesuita, repiten estas voces: YAHÁ, YAHÁ, que significa Vamos, Vamos que hay enemigos y no estamos seguros de sus acechanzas. Los que saben esta propiedad del YAHÁ, agrega, luego que oyen su canto, se ponen en vela temiendo vengan enemigos para acometerlos”.

Efectivamente, en guaraní YAHÁ significa: Vamos.

Ernesto Morales en sus “Leyendas Guaraníes”, dice:

El chajá cuyo nombre guaraní significa, vamos, es como el terutero a quien une un indudable parentesco, el vigilante de la pampa y de la región argentina”.

El terutero anuncia con su gritería la proximidad del hombre o de animales; por eso dice el refrán: “no se puede cazar donde hay teros”.

Hilario Ascasubi, dice en “Santos Vega o Los Mellizos de la Flor”:

“Y también los terutereros
gritaban en confusión
pues de lejos les tomaron
a los indios el olor”.

Martín Fierro en la soledad de la noche, oye el grito del

Chajá y “para las orejas” porque sabe que ese grito es un toque de alarma:

“Me encontraba como digo
En aquella soledá
Entre tanta oscuridá
Echando al viento mis quejas
Cuando el grito del chajá
Me hizo parar las orejas”.

Además, como los antiguos serenos que recorrían las calles con el farol y la chuzá, en las épocas en que escaseaban los relojes, cantando las horas de la noche y el estado del tiempo:

—Las diez han dado, y nublado!
—Las once han dado, y lloviendo!
—Las doce han dado, y sereno!

se cree que el chajá tiene la virtud de lanzar su grito cada hora.

A esta virtud se refiere Luis L. Domínguez, en aquella poesía “El Ombú” que en el siglo pasado emocionaba a los abuelos, porque vivían más en contacto con la naturaleza que nosotros:

“Así anuncio de la muerte
Es el cuervo o el carancho;
Si la peste amaga el rancho,
Sobre el techo el buho está;
Y meciéndose en las nubes,
Y el desierto dominando,
Las horas está contando
El vigilante Yajá”.

El chajá es también un admirable ejemplo de amor y solidaridad conyugal.

Sólo se le ve en pareja, en la copa de los árboles más altos, o paseando a la orilla de los ríos o de las lagunas, con mucha parsimonia y solemnidad, las patas muy separadas y rígidas, el cuerpo, casi del tamaño de un pavo, horizontal; el cue-

llo erguido y el pico inclinado hacia abajo, en busca de las hojas tiernas de las plantas acuáticas; o volando en semicírculos, sobre los esteros y los bañados lanzando su grito destemplado: "Canta muy alto, agria y claramente con bastante frecuencia, escribe Félix de Azara, no sólo de día sino también de noche si oye ruido diciendo el un sexo CHAJÁ y el otro CHAJALÍ, por lo común alternado".

Ya aquellos primeros naturalistas del siglo XVIII, habían observado ese amor conyugal del chajá.

"Muerto el uno, dice el mismo Azara, vive el viudo errante, gimiendo siempre, hasta que consumido, muere cerca del sitio donde perdió el objeto amado".

Pero el chajá, no sólo es el vigilante siempre alerta, ni es, como el sereno del siglo pasado, el que canta las horas en el silencio de la noche.

En el recetario popular, su grasa, se administra en fricciones para curar el "pasma" y los dolores en los huesos.

La grasa del hocó también se usa para calmar los dolores del espinazo; y la gente de las islas, emplea como hemostático, para evitar la hemorragia de una herida, el "bálsamo" de garza o de bruja, que es una especie de polvo que se encuentra bajo las plumas más finas, especialmente en la pechuga.

Pero quizás, entre todas las aves de este lado de América, fue el ñandú el más codiciado por los indios, primero, y luego por los criollos.

El P. Paucke dice que su carne sabía a ternera; el P. Sánchez Labrador, afirma que puede competir con la de los pavos más exquisitos, y los indios de San Javier se la ponderaban a Paucke, diciéndole que tenía el mismo gusto que la carne humana.

Lo más sobroso son los alones y la "picana", o sea los muslos, que se comen asados. Pero entre los indios, eran estas porciones vedadas a los jóvenes, a quienes también se les prohibía comer el tuétano de ciervo.

Sobre el extraordinario poder digestivo del ñandú, dice el P. Paucke, que se afirmaba que por virtud del calor extra-

ordinario del estómago digerían los clavos y las pequeñas herramientas de hierro y todos los objetos que ingerían por más duros que fueran.

Se creía que el ñandú macho empollaba los huevos en la arena por el calor del sol y por la fuerza de la mirada: “por el continuo mirar y contemplar de sus ojos”, escribe Paucke.

Sin embargo, ese poder de digerir hasta el hierro es lo

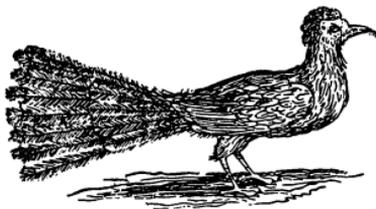


NANDU. De la obra publicada en Amsterdam, en 1658 por Gulielmi Pisonis: *Historia Naturalis & Medical Occidentalis*

que hacía que se buscara en su estómago virtudes medicinales, como que en realidad tiene por la pepsina.

En los casos de dispepsia se administraba el buche seco y pulverizado y aún ahora mismo una de las recetas más conocidas de nuestra medicina popular es el buche de ñandú seco y la pezuña de vaca quemada con siete raíces de la “yerba del pollo”, suministradas en te para curar indigestiones, y como dice la gente de campo, “para curar empachos y niños panzones”.

La íntima convivencia del hombre americano con sus pájaros, le llevó a buscar ciertas relaciones entre los episodios de su vida o los fenómenos naturales con la presencia o el canto de las aves.



PIRINCHO. De la obra de Pisonis

Los indios guaraní creían que la mujer que va a ser madre, no debe comer pajaritos porque el hijo nacería manchado.

Los indios mocobí no dejaban jamás que el casero se acercara al sitio donde se celebraban sus reuniones o asambleas y aún donde conversaban privadamente sobre asuntos secretos, porque los descubrían y comunicaban a sus enemigos.

Los guaraní decían que si tocaban a un ñacurutú les contagiaba la pereza.

Cuando el carao pasa graznando sobre un rancho, es señal de que se aproxima la hora de la muerte del marido o la mujer.

Y así anunciaban también episodios luctuosos: el carpintero si canta en las inmediaciones de una vivienda; o la paloma de monte, o las lechuzas que boznean insistentes con los ojos clavados en la casa donde va e entrar la desgracia.

Es señal de lluvia el silbido de la perdiz:

“Cuando la perdiz canta
Y el sol se ñubla
Dicen los cordobeses:
Agua sigura”.

También anuncia lluvia el grito estridente de la chuña, el grito de los teros que alborotan en las cañadas, el caracole-ro que abandona las lagunas y remonta el vuelo para planear en grandes círculos, con las alas inmóviles.



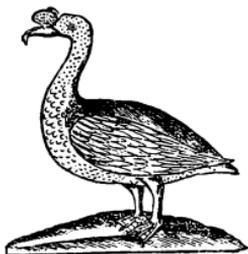
TUCAN. De la obra de Pisonis

El casero que canta durante la lluvia anuncia que va a “parar el agua”; y si la paloma de monte se oye de madrugada va a ser un día de calor intenso.

Cuando al anochecer o en las primeras horas de la noche canta el cachilo es porque dentro de pocas horas va a soplar el viento sur; mientras el grito vespertino de la gallineta que corre inquieta a la orilla de los ríos, anuncia el norte.

La gallineta también anuncia creciente si alborota al anochecer y bajante si grita de madrugada.

El repunte del río lo anuncian los gansos, los patos, las garzas y toda la volatería lagunera que pasa aguas abajo; mientras que el descenso del río se produce invariablemente si pasan volando aguas arriba.



PATO. De la obra de Pisonis

En 1826 llega al país Alcides D'Orbigny. El Museo de Historia Natural de París le ha encomendado el estudio de la fauna y la flora de la parte meridional de América. Apenas comienza a remontar el Paraná le atrae y le cautiva la abundancia y la variedad de los pájaros.

“A veces de mañana, escribe, a la hora en que toda la naturaleza despierta, también yo era despertado por el canto de mil diversos pájaros. El croar ronco de las garzas me anunciaba con intermitencias su presencia al borde del agua donde, solas, en actitud estúpida, aguardaban la aproximación de los peces para atraparlos al paso y retomar luego la impasibilidad acostumbrada”. Y luego anota, refiriéndose al *pacaá*: “De rato en rato se les veía salir de las matas, y sin recelo, pasearse tan cerca de nuestro barco que, sin bajar, más de una vez le hice pagar muy cara su inexperiencia o excesiva confianza en el hombre, cuya dominación tiránica aún no había aprendido a temer en aquellos desiertos. Pobres pájaros —me de-

ecía con frecuencia, al recoger del suelo ensangrentado la caza que en cierto modo se había ofrecido a mis disparos—; ¡pobres pájaros...! ¡Cuando la civilización haya invadido esta ribera salvaje ya no habréis de recorrer con paso tan leve los meandros de vuestras charcas!...”

El pronóstico de D'Orbigny se va cumpliendo inexorablemente. Nos estamos quedando sin pájaros.

Aquellas islas arboladas que causaron admiración a los primeros exploradores del Paraná y a los gringos que después del 53 remontaron sus aguas para plantar en tierras santafesinas las primeras colonias, están casi desoladas y yermas.

A veces en algún recodo del río indio, quizás en la misma ruta que abrió Caboto o en la que siguió después Ayolas en busca del Paraguay desde la empalizada de Sancti Spíritu, se encuentran todavía islas que se defienden heroicamente del inexorable y bárbaro desmonte. Sólo allí, entre los troncos torturados y rugosos de los seibos, entre el follaje blando y fresco de los sauces, en ese ambiente saturado por el perfume de las flores del laurel y del espinillo, mientras se levanta de la tierra negra y crasa un vahar oloroso de salvias y mastuerzos, ponen los últimos zorzales la dulce melodía de su canto, gorjean los crestudos, arrullan las torcazas y se escucha la melancólica quejumbre de la paloma de monte y el reclamo obsesionante y triste del crispín, sólo desde el día de Animas al Viernes Santo.

Son los últimos pájaros que nos han quedado en este rincón de América donde, en tiempos de inocencia, los hombres que se creían sus descendientes decoraban su desnudez paradisíaca con plumas de colores para expresar la fiera de su temple en los días de guerra o la ingenua alegría de su espíritu en los días de fiestas.

Pero entre la fauna americana fue sin duda el picaflor el que más cautivó la atención de los hombres de Europa.

En las mañanas o en los atardeceres radiantes, bajo el

cielo encandecido de los trópicos; en las costas empenachadas de palmeras del Caribe, en los montes impenetrables del Brasil olorosos a frutas y a resinas; en los bosques del Paraguay animados por la algarabía de los loros y los agrios chillidos de los monos; en las laderas arboladas de los Andes rumorosos de torrentes; en las islas embalsamadas del Paraná y en las abiertas llanadas del Río de la Plata, aquellos hombres recios de la conquista, admiraban, con ingenua alegría esa especie de pájaro o mosca o mariposa que volaba nerviosamente entre las flores, a los rayos del sol el plumaje de más variados, lucidos y brillantados colores.



PICAFLOR. De la obra de Pisonis

Este hermoso colorido del picaflor como el del plumaje de otras aves de América, hizo creer por mucho tiempo que se debía al ardor y vehemencia de los rayos del sol, hasta que a fines del siglo XVIII, Azara advirtió que si esa fuera la causa del brillo y exhuberancia en el color de la volatería indígena “ningún paxaro igualaría en belleza a los campestres, y a los que se exponen más a los rayos solares, pero lo cierto, agrega, es que entre ellos no hay uno lindo: lo que parece indicar que los rayos del sol y el calor evaporan la viveza de los colores en vez de fomentarla”.

De acuerdo con esta teoría, observa “que los esmaltes,

reflexos y hermosura” dominan en cuatro especies entre los que se encuentran los picaflores y que estos pájaros “convienen en volar con rapidéz, en habitar los bosques sin dexarse ver sino como relámpagos en la cima de los árboles y en no pisar jamás el suelo; de modo que parece evitar tanto el polvo de la tierra como que les de el sol. De donde conjeturo, termina, que los brillos y hermosuras vienen de la violenta fro-tación, al romper el aire volando, de la sombra y del aseó”.

Es Fray Bernardino de Sahagun, Misionero de la Conquista de México, el primero en descubrir el mayor número de variedades de picaflores.

“Hay una de estas avecitas, dice, que se llama *Quetzal-hwitzitzilin* [que] tienen las gargantas muy coloradas y los codillos de las alas bermejos, el pecho verde y también las alas y la cola; parecen a los finos *quetzales*. Otras de estas avecitas son todas azules, de muy fino azul claro, a manera de hierba. Hay otras que son de color morado claro. Hay otras que son resplandecientes como brasas. Hay otras que son leonadas con amarillo. Hay otras que son larguillas, unas de ellas son cenicientas tienen una raya de negro por los ojos; y las negras tienen una raya blanca. Hay otras que tienen la garganta colorada y resplandeciente como una brasa; son cenicientas en el cuerpo, y la corona de la cabeza y la garganta resplandeciente como brasa. Hay otras que son redondillas, cenicientas, con unas motas blancas”.

Dice el Inca Garcilazo, que el *Quente*, como se le llama en lengua del Perú, es de color azul dorado como lo más fino del cuello del pavo real; sin embargo, es en los metales y en las piedras preciosas donde buscan los cronistas el símil más ajustado para comparar el brillo y la hermosura de las plumas del picaflores.

Los reflejos del acero bruñido y del oro, el azul turquí, el verde esmeralda, el amarillo topacio. Sin embargo, el Padre Sánchez Labrador, en su “Paraguay Católico” con un espíritu más poético, los compara a un alado ramillete de flores: “en su modo parecen un ramillete alado”, dice; y luego agre-

ga: “son de varias especies en los colores sin poderse distinguir cual se lleva la primacia”.

Algunos afirmaban que olía a almizcle y otros, que entre el follaje del monte del trópico, se movían en bandadas tan grandes, que ensordecían con el zumbido de su vuelo.

Los mocobí de Santa Fe le llamaban *nilimiagdona* o *nilimiagna*, que según el Padre Paucke, significa estrépito por el ruido que produce con las alas al sostenerse en el aire frente a las flores.

Oviedo, el primer Cronista de Indias, le llama *paxaro mosquito*, y para extremar su pequeñez, afirma que “es tan pequeño, que el bulto del es menos harto o asaz que la cabeza del dedo de la mano”.

El Inca Garcilazo, dice que con razón el Padre Josef de Acosta muchas veces dudó viéndolos volar, si eran abejas o mariposas, aunque, dice que agrega el historiador jesuíta, que “*son realmente paxaros*”.

Fray Bernardino de Sahagun que pasó de España a tierras mejicanas en la primera mitad del siglo XVI, los compara con los moscardones por su pequeñez.

“Hay unas avecitas en esta tierra, escribe, que son muy pequeñitas, que parecen más moscardones que aves; hay muchas maneras de ellas, tiene el pico chiquito, negro y delgado, así como aguja; hacen su nido en los arbustos, allí ponen sus huevos y los empollan y sacan sus pollos; no ponen más de dos huevos”.

El Padre Lozano, en su “Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán”, recuerda que los españoles le llaman *tominejo*, porque puesto en la balanza su peso no excede de un *to min* (apenas cerca de seis decigramos); el Padre Guevara dice que su tamaño no llega al de una ave llana y Sánchez Labrador la proclama la más pequeña de las aves: “De las más pequeñas, escribe, o absolutamente la menor de todas”.

Fue creencia general que aún se conserva en el pueblo, que el picaflor se alimenta sólo del néctar de las flores.

El Inca Garcilazo dice que se sustenta como las abejas, del jugo o miel de las flores; el Padre Guevara observa que para chupar su único alimento en el cáliz de las flores, la naturaleza le dió un pico largo, sutil y delicado como un aguijón; Sánchez Labrador dice con elegancia que “son avecitas lisonjeras de las flores”; y Fray Bernardino de Sahagun sostiene que “comen y mantiénense del rocío de las flores como las abejas”.

Paucke que los observó en su reducción santafesina de San Javier, dice que “se alimenta únicamente del jugo de las flores para lo que tiene un piquito de una pulgada y media de largo y muy sutil que hinca en la flor y durante su continuo aletear liba el jugo”.

En el siglo XVIII, Buffon, llevado del testimonio de otros, escribe Azara, estaba persuadido de que “sólo subsisten del néctar de las flores, y que si no le tienen le arrancan apresuradamente los pétalos con rabia”.

Según el mismo Azara, tienen “la lengua muy delgada y la sacan como los carpinteros sin abrir la boca para introducirla en el caliz de las flores, donde sin marchitarlas, ni tocarlas con los pies, alas y pico, chupan la miel como las abejas o aquel polvillo que encierran”.

El mismo recuerda que el gobernador del Paraguay, don Pedro Melo de Portugal, tuvo un picaflor suelto en su gabinete durante cuatro meses, y que llegó a domesticarse hasta el punto de reconocer a su dueño, “en cuyo contorno, dice, casi besándole la cara revoloteaba para manifestar que quería comer. Entonces dicho señor, tomaba un vaso de almíbar clarísimo y lo inclinaba un poco para que el picaflor pudiera sumergir la lengua. Con esto y algunas flores que de tanto en tanto le proporcionaba, vivió a gusto como en el campo, hasta que murió por un descuido en su ausencia”.

Sin embargo, Azara no cree que ese sea el sustento del picaflor, pues les ha visto en todo tiempo en Montevideo y Buenos Aires y “como en el Río de la Plata puede decirse, agrega, que no hay bosque ni flores por invierno, se puede creer que estos paxarillos comen también otras cosas. En efecto, advierte, los

he visto visitar telas de arañas en además de comer a estos insectos y el P. M. Fr. Isidoro Guerra sujeto de toda verdad, que ha criado muchos picaflores, me asegura haberlos visto comer arañas y notado, cuando están satisfechos con el buche lleno, que éste es transparente y que en él digieren la comida antes de darla a los pollos, que nunca son más de dos sacados de huevos blancos”.

Unos años después de Azara, Darwin, en su viaje por la América del Sur, donde les encuentra hasta en Tierra del Fuego y en la costa meridional del Pacífico, revoloteando en medio de las tormentas de nieve de la cordillera o en los bosques de la isla de Chiloé, dice que abrió el estómago de muchos ejemplares muertos en diferentes partes del continente y en todos encontré restos de insectos. “Aunque vuela de flor en flor, escribe Darwin, en busca de alimento, su estómago contiene de ordinario un gran número de insectos, que a mi juicio son, más que el néctar, el objeto de su persecución”.

Sin embargo, no era sólo la pequeñez ni su extremada finura y belleza, ni el alimentarse, como se creía, sólo del néctar de las flores —de donde le vino el nombre y el de *chupa-mirto* que le dan en algunas regiones de América— ni el mantenerse en el aire suspenso por el agitar nervioso de sus alas diminutas mientras busca su alimento en las plantas florecidas, lo que provocó la mayor admiración de los cronistas, sino el origen y metamorfosis que le atribuían aún los más doctos y graves varones invocando sus propias experiencias y observaciones.

El Padre Lozano, afirma que el picaflor, es una pequeñísima mariposa que en un período de su evolución se cubre de plumas negras, que se convierten luego en cenicientas, después en rosadas y por último en doradas, o con los matices del oro, azules y verdosos, “tan resplandecientes, dice, que heridas del sol parecen un conjunto de todos los colores sin haber alguno con quien se puedan comparar”.

El Padre Lozano no ha recogido una vana leyenda popular, pues se apresura a advertir que lo ha leído en algunos graves autores y que además lo ha oído también de labios de

“personas verídicas de nuestra Compañía, agrega, que han visto algunos, parte tominejos y parte mariposas, por haberlos cojido antes de perfeccionarse la transformación”.

Unos de estos “testigos de vista” era el Padre Simón de Vasconcelos, quien aseguraba por su propia experiencia que la mariposa que se convertía en picaflor, o *mainunbí* en lengua del Brasil, había sido primitivamente una especie de lagarto, que en un período anterior a su transformación fue un mosquito engendrado por la metamorfosis de cierto gusanillo blanco que se cría en la superficie del agua.

Esta versión del Padre Vasconcelos, según Aníbal Cardoso, la recoge por su parte el naturalista francés Jules Charles de L'Ecluse que en 1601 publica en Amberes el “*Exoticorum libri decem*”.

Un día en Tournay, dice L'Ecluse, se encontraban reunidos algunos vecinos importantes con el Padre General y un grupo de sacerdotes de la Compañía de Jesús. Hablaban, los jesuítas, de las maravillas de las tierras de América y entre los fenómenos más singulares de la naturaleza, el General señalaba el origen y las transformaciones del picaflor, que los portugueses del Brasil, decía, llaman *ourisia* y que traducía por el nombre que le daban en Perú: *rayo de sol*.

Esta avecilla, afirmaba ante el asombro de sus contertulios, es procreada por una mosca.

Y agregaba, para dar más autoridad a su relato, que él por sus propios ojos había descubierto y visto ese portento, pues había tenido ocasión de admirar un ejemplar, que, por no haber cumplido todo el proceso de su transformación, era en parte mosca y en parte ave y que las plumas que cubren su cuerpo, primero son negras, después cenicientas, luego rosadas y por último rojizas y que si un rayo de sol caía sobre su cabeza, se descubren en su plumaje todos los colores que se pueden imaginar.

En 1568, otro naturalista, el holandés Guillermo Pisón, que estuvo en América, en su “*Historia naturalis Brasiliae*”

había afirmado que unas orugas que los portugueses del Brasil llaman *lagarta das verças*, se transforman en unas avecillas, las más hermosas de toda la volatería brasileña que había visto, a la que los indios guaraní llamaban *mainunbí*, los portugueses *pegafrol* y los belgas, *Bloenspegt*.

El Padre Guevara, jesuíta como Lozano, introduce una variante en la versión que recoge sobre el origen y evolución del picaflor. No le procrea una mosca, ni el lagarto que por sucesivas transformaciones, viene de un gusanillo blanco que nace en la superficie del agua. El *tuminejo* de Guevara, nace, como todas las aves, de un huevo, del único huevo, dice, que pone la hembra; pero el pichón aparece “con figura de gusano”; luego, poco a poco “desenvuelve y desata sus miembros, cabeza, pies y alas y en figura de mariposa empieza a volar y a sostenerse con la azogada inquietud de sus movimientos”; hasta que por fin “pasa del estado de mariposa al de pájaro, se viste de plumas, al principio negras, después cenicientas, luego rosadas y últimamente matizadas de oro, verde y azul”.

Guevara no vió nunca, él mismo lo dice, ese paso de mariposa a pájaro, pero afirma que lo han observado “algunos curiosos” a quienes les fue dado descubrir uno “parte con figura de mariposa, y otro parte con la de picaflor”.

Fray Bernardino de Sahagun para quien el picaflor nace, como todos los pájaros, recoge en cambio la leyenda sobre su muerte y resurrección.

“Renuévanse cada año, anota: en el tiempo del invierno cuélganse de los árboles por el pico, allí colgados se secan y se caen las plumas; y cuando el árbol torna a reverdecer él tornará a revivir, y tórnales a nacer la pluma, y cuando empieza a tronar para llover entonces despierta y vuela y resucita”.

También es este mismo fraile franciscano, quien nos transmite una noticia sobre la virtud que se le atribuía al picaflor,

de curar las bubas y aún de inmunizar contra esta pestilencia en cambio de una esterilidad definitiva.

“Es medicinal, para las bubas, comido, afirma, y el que los come nunca tendrá bubas; pero hace estéril al que los come”.

Así atrajo la atención de los hombres, desde los primeros tiempos del descubrimiento y conquista, la más pequeña y más hermosa entre las aves de América. Aquélla de la cual escribía Paucke, en Europa, y desterrado de sus indios, que era el mejor regalo para los reyes y los príncipes.

Pero cuando perdió la leyenda de su origen y de sus metamorfosis, conservó en cambio todo su prestigio romántico y sentimental.

Su aparición en los días perfumados y radiantes de la primavera; la pequeñez y gracia de su cuerpo; el encanto de sus colores; y sobre todo ese nervioso revolotear, sin posarse jamás, mientras busca en el cáliz según la creencia común, la dulzura del néctar, ese ir y venir afanoso en los jardines y en las huertas embalsamadas de azahares; siempre de paso, deteniéndose sólo en el aire nada más que un instante frente a las flores más frescas y olorosas, le convirtieron en uno de los símbolos populares del amor.

El viejo coplero criollo, conserva así algunas alusiones ingenuas y candorosas como ésta:

“Yo soy como el picaflor
Que vuela de rosa en rosa;
Quisiera encontrarte sola
Pa decirte muchas cosas”.

O esta otra, ligeramente traviesa y retozona:

“Yo soy como el picaflor,
Que vuela de reja en reja,
Visitando las muchachas
Y haciendo enojar las viejas”.

Pero en aquellos tiempos había patios de grandes ladrillos rojizos, sombreados de glicinas y madreselvas y un aljibe con brocal verdoso de musgo; y huertas con espesura de naranjos y pedazos de tierra húmeda y blanda de verdín junto a las tapias agobiadas de enredaderas; y unas tinajas panzonas colmadas de agua cristalina y fresca a la sombra de los parrales por donde las negras y las chinas, descalzas, con los pies costrosos y desnudos trajinaban a "la hora del mate" o majaban charque en morteros de algarrobo mientras el picafloor cruzaba nerviosamente, con su vuelo quebrado e indeciso, entre las huertas y los patios floridos.

Después, llegaron otros tiempos. Fue la época de las tarjetas postales y de los versos en los abanicos. Las señoras tocaban en el piano valeses "a cuatro manos" y las niñas donosas y pulcras, con sus gráciles talles de avispa y sus hombros graciosamente abullonados, en los saraos familiares recitaban con cierta contenida emoción, las "Doloras" de Campoamor, las "Golondrinas" de Bécquer, "Al Pasar" de Guido Spano y con ligero estremecimiento de tragedia, aquellos versos de Alem:

"Fantasmas que giráis sobre mi frente
Negras visiones que agitáis mi alma,
¿Qué queréis? ¿Quién os manda del abismo
Para llenar de sombras mi morada?

¿Sois acaso funestos mensajeros
Qué a presagiar venís nuevas desgracias?
¿No queréis que en la vida me ilumine
Ni el débil resplandor de la esperanza?

Pero en las ciudades se escuchaba todavía el clamoreo de los campanarios, estridentes de golondrinas, y el canto vibrante de los gallos; y las niñas, en la amorosa espera, junto a las ventanas, veían como el picafloor ponía de pronto una efímera nota de belleza y de finura junto a la reja embalsamada de diamelas y jazmines, mientras se desprendía un hálito melancólico y dulce, de las casonas enjalbegadas, de los patios

ajedrezados de blanco y negro, del cielo azul de la tarde, y de las calles desiertas por donde se colaba un airecillo tenue y delicado con olor a río y a yuyos mojados.

Pero ya no hay flores en los balcones, ni hermosas y púdicas niñas detrás de la reja.

El picaflor se ha ido, como el amor romántico, para no volver jamás.

AGUSTIN ZAPATA GOLLAN

San Martín 1758 - Santa Fe



